

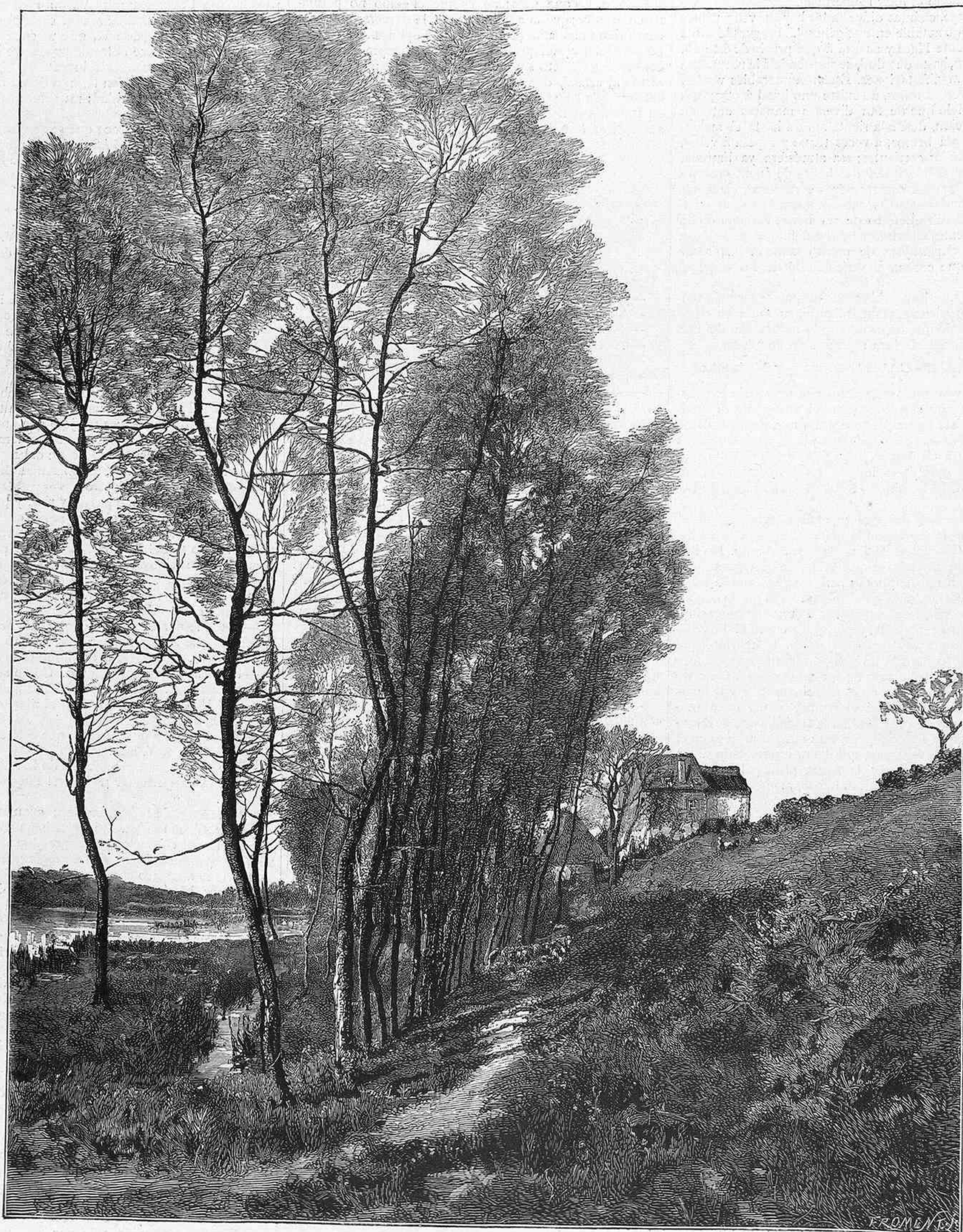


AÑO III

← BARCELONA 4 DE AGOSTO DE 1884 →

NÚM. 136

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



PAISAJE, por H. Boulenger

## SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—CROMOS DE VIAJE (continuación), por Fernando Araujo.—LOS TRES ÚLTIMOS DIAS DEL MARQUÉS DE AYAMONTE, por Pedro de Madrazo.—LOS POMPEYANOS EN CÁPARA (conclusión), por Publio Hurtado.—EL FERRO-CARRIL ELÉCTRICO DE FRANCFORT A OFFENBACH, por M. A.

GRABADOS.—PAISAJE, por H. Boulenger.—¿DOBLARÁ EL CABO? cuadro por M. Ancher.—MEDEA, cuadro por N. Sichel.—PESCADORES ITALIANOS, dibujo a la pluma por B. Galofre.—EL GENERADOR ELÉCTRICO DEL FERRO-CARRIL DE FRANCFORT A OFFENBACH.—EL FERRO-CARRIL ELÉCTRICO DE FRANCFORT A OFFENBACH.

## NUESTROS GRABADOS

## PAISAJE, por H. Boulenger

Si la naturaleza es incansable para producir, el artista es infatigable para copiarla. Difícil es en nuestros tiempos trasladarse al campo y escalar los pelados riscos ó pisar la verde alfombra de los prados, sin tropezar con un entusiasta por la belleza rústica, que traslada á su *album* la apuntes de lo que ha de ser un valioso cuadro. La pintura de paisaje abunda, los paisajistas inundan el mercado y á este paso la competencia se entablará entre telas campestres á tanto el metro superficial.

Y sin embargo, ¡cuántas dificultades hay que vencerán para producir algo notable en este género!... Preguntádselo á nuestro eminente Haes y os dirá á qué precio de estudio, de observación, hasta de salud, se sorprende á la naturaleza en sus bellas manifestaciones. Esos innumerables verdes, que con ser verdes todos, no existe uno igual á otro; esos colores del cielo que de tan diversas maneras entonan una composición, desde la riente aurora hasta el melancólico ocaso; esa bruma, á veces tenue y espesa á veces, que flota sobre las corrientes; esa atmósfera, ya límpida, ya oscura cual si la empañara el hálito de cuanto respira debajo de ella; esas casas, nuevas ó ruinosas, elegantes *chalets* ó desnudas cabañas, que lo mismo pueden completar que destruir el efecto de un lienzo elaborado con verdadero talento; cuántas, cuántas dificultades, repetimos, ántes de que el paisajista de mérito lance el suspiro de satisfacción que corona el vencimiento de los obstáculos!...

El paisaje que hoy publicamos no puede ser más sencillo en la apariencia, y sin embargo, su autor ha dado pruebas en él de que ha estudiado la naturaleza de una manera bastante seria para reproducirla con éxito.

## ¿DOBLARÁ EL CABO? cuadro por M. Ancher

La tarde es borrascosa; la atmósfera pesada; la tempestad agita las aguas y el peligro del navegante es inminente. A la vista de un grupo de marinos, recomendable por la verdad de sus distintos tipos y la naturalidad de sus actitudes, cruza un buque, empeñado en doblar el cabo, á pesar de la ruda oposición de los elementos. ¿Triunfará la pericia del hombre? ¿Doblará el cabo nuestro buque?...

Hé aquí la solución que esperan nuestros marinos, quienes á fuer de peritos en la materia, siguen con verdadero interés los azares del arriesgado empeño. No hay quien deje de interesarse por el pobre navegante que corre un deshecho temporal; pero ninguno con la vehemencia del marino, para quien el mar es la patria común de cuantos confían su existencia á una embarcación; patria bien cruel algunas veces, pues como el horrible Saturno, devora á sus generosos hijos. El marino, que muchas veces ha corrido un peligro idéntico, sigue á fuer de inteligente, y casi á fuer de interesado, los azares de la lucha y con sólo fijarse en el semblante de los de nuestro cuadro, se comprenderá el concepto que cada uno tiene formado acerca del final de la tragedia que se representa ante sus ojos. Sucede con este cuadro lo que con el de la *Diva de la temporada*, que hemos publicado ántes de ahora: el interés mayor, la figura principal, el verdadero asunto, no aparecen en el lienzo; y sin embargo, casi podríamos decir que los vemos. Nosotros, cual los marineros de Ancher, presenciemos la escena del buque en peligro; como ellos le vemos elevarse hasta las nubes y descender hasta el abismo; como ellos percibimos el rumor de la tempestad y se nos figura que azotan nuestro rostro las gotas de la lluvia y la espuma de las olas.

Este es el verdadero mérito del cuadro; esto es lo que revela el talento de su autor.

## MEDEA, cuadro por N. Sichel

El tipo de la infortunada amante de Jason ha tentado á no pocos artistas, y es que difícilmente la pasión excitada producirá un engendro tan completo de los desórdenes ocasionados por el amor y por los celos. Medea lo sacrifica todo á un hombre, primero su honra, más tarde á su hermano, finalmente á sus propios hijos.

Se trata, pues, de una figura colosal, épica, transmitida por la poesía de todos los tiempos é idealizada á su manera por cuantos de ella se han ocupado.

En el cuadro que hoy reproducimos, la hija del rey de Cólquida es indudablemente bella, con la belleza varonil que nos place atribuir á la maga cuyos sortilegios alejaron de Jason los peligros de la conquista del vellocino de oro; su actitud es realmente arrogante, tal como concebimos á esa creación de la mitología griega... Pero, áun así, hemos de confesarlo, tiene esa figura una frialdad que desencanta á poco que nos fijemos en la situación del personaje. Por de pronto el autor no la ha pintado en el momento en que se disponía á sacrificar á sus hijos, que es el momento álgido de esa existencia tan rudamente

puesta á prueba. Tampoco el acero que empuña amenaza ciertamente á su hermano, lanzado en su persecución. Luego Medea aguarda, para herir, bien á su perjurio amante, bien á su odiada rival. En uno y otro caso falta á esa figura expresión de odio, fuego de venganza, en una palabra, no es el prototipo de la mujer celosa, tres veces parricida en el paroxismo de su pasión.

## PESCADORES ITALIANOS, dibujo a la pluma por Galofre

Si no fuera porque Italia es la patria del arte universal, deberíamos quejarnos de ella, que casi monopoliza el talento de todos nuestros más insignes artistas. Galofre no paga menor tributo á la seducción, y si con brillantes colores nos pinta las animadas escenas de unas regatas, da la preferencia á las aguas y al cielo de Italia; al paso que si con pulso seguro de maestro del dibujo copia del natural tipos con que tropieza en sus excursiones artísticas, esos tipos nos revelan que sus excursiones tienen lugar por las orillas de los mares y las veredas de los campos italianos.

No importa, ni debe extrañarnos: el artista es aquel peregrino que se dirige al templo de la inspiración y que, una vez en su recinto, no puede separarse sin adorar á sus ídolos. Lo que conviene es que el genio no permanezca estático; que la admiración no le descorazone; que, como tierra abonada, produzca frutos opimos... Y en este punto, Galofre, siempre valiente, libre siempre, seguro de conseguir su objeto sin sujeción á trabas impuestas friamente al artista, demuestra cada día, lo mismo en sus cuadros que en sus simples apuntes, que España tiene en Italia un pintor más que la consuele de la pérdida del autor de la *Vicaría*.

## CROMOS DE VIAJE

(D'après nature)

(Continuación)

## VI

## En la fonda

—¡Mozo!... ¡Mozo!... ¡Café con leche!  
—Allá va, señorito.  
—¡Mozo!... ¡Mozo!... ¡Un chocolate!  
—¡Allá va!  
—¡Mozo!... ¡Un bistek!  
—¡En seguida! ¡En seguida!  
—¡Mozo!... ¡Unas chuletas!... ¡Mozo! ¡Un medio de limón!... ¡Mozo! ¡Una chica de gaseosa!... ¡Mozo!... ¡Un vaso de agua con azucarillo!...  
—¡Allá va! ¡allá va!  
—Pero ¿qué es esto, hombre de Dios? Le pido á V. unas chuletas y me trae una botella de limonada. Pero ¡hombre!... ¡Y se ha marchado!... Pues estoy divertido... ¡Mozo, mozo! Llévese V. esta botella y tráigame unas chuletas, con mil demonios.  
—¡V. dispense, señorito! Con tanta gente... fué una equivocación. Ahí tiene V. las chuletas, sin los demonios.  
—¿Cuchufletas gastamos?... ¡Bien por el buen humor!  
—¡Eh, mozo! ¿V. cree que este pollo se puede comer? ¿Me ha tomado V. por algún ave de rapiña?... Si está crudo, hombre, si está crudo, que no hay quien le hinque el diente, crudo y frío...  
—Ya ve V... no hay tiempo para calentarlos más.  
—¡Eh mozo!... mozo! ¿Qué salsa es esta? Por mi tierra no se conoce. ¿Es acaso la *sauce aux mouches*?  
—No entiendo francés, caballero.  
—Pero tendrá V. ojos para ver que estos tomates están nadando en moscas.  
—Ya ve V... el calor... Eso no se puede impedir.  
—¡Mozo, mozo!... ¿Qué demonios de leche me ha traído V. aquí?  
—Pues ¿qué tiene esa leche, señorito?  
—¿Que qué tiene? Más sal que las salinas de Torre Vieja; pruébela V.  
—Pues está buena, señor; aquí es la costumbre; siempre echamos en la leche unos granitos de sal.  
—Sí ¿eh? Pues es una costumbre detestable; eso no se puede tomar. Llévese esa taza y tráigame otra sin sal.  
—Aquí toda la leche es como esa, caballero.  
—¡Tilin, tilin, tilin!... ¡Viajeros... al tren!  
—¡Ay, Dios mío!... Y yo que no he podido todavía partir la pechuga de este pollo...  
—Llévatela para el coche, mujer, coge también el pan, porque si no, nos quedamos sin probar bocado; el vino apenas lo hemos podido probar. ¿Cuánto es todo, mozo?  
—Diez y ocho reales.  
—¡Qué barbaridad!  
—Cóbrese V. mi café.  
—¿Cuánto es el chocolate?  
—¡Eh, caballero! V. dispense; me debe V. la taza de leche.  
—Pero, hombre de Dios, si no la he podido tocar...  
—Eso no es cuenta mía; yo la he pagado al amo, y no la he de perder.  
—Pero si la tiene allí entera.  
—Perdone V., caballero; págueme V. los tres reales de la leche.  
—¡Qué escándalo!... Tres reales por una taza de leche que no se puede beber... Tenga V., hombre, tenga V. Ya me libraré yo muy bien de volver á pedir nada en esta fonda.  
—V. hará lo que guste.

—¡Viajeros... al tren!  
—¿Qué se lleva V. ahí, caballero?  
—Lo que es mío; el almuerzo que no he podido casi probar. ¡Pues no faltaba más!  
—¿Cuánto son las chuletas?  
—Doce reales.  
—No es caro, sobre todo teniendo en cuenta la salsa de moscas en que estaban; eso no es para todos los días.  
—¡Viajeros... al tren!  
—¡Qué bien decía D.<sup>a</sup> Sinforsosa!... No se puede tomar nada en las fondas. ¡Quita, quita! No volveré yo á salir de mi casa sin buenas provisiones de salchichón y jamón.

## VII

## En los túneles

—¡Jesus, María y José! Pero esto será lo que dicen que se llama un *tonel*; nos hemos *quedao* á oscuras enteramente... ¡Ay! Ya se ve la luz... ¿No es *verdad* que esto impone, *señá Sebastiana*?

—Ya se lo decía yo á V., *señá Tomasa*; la primera vez que vine yo con mi difunto que esté en gloria, le digo á V. que medio me desmayé. Gracias á mi difunto que me sosegó con aquella *labia* que Dios le había *dao*, no pasó la cosa á mayores; mire V., mire V., ahí viene otro; asómese V. á la ventanilla: ¿ve V. esa boca negra? Pues ese es el túnel; santígüese V., que ya entramos en él.

—¡Y qué ruido hace el tren aquí dentro!... Da un miedo... ¿Por qué no encenderán luces?

—Pues y *qu' es* *verdad*; en tiempo de mi difunto no pasaba esto; es una barbaridad; mi difunto no lo hubiera consentido.

—¡Gracias á Dios! Parece que se respira cuando se ve la luz del día; mire V., *señá Sebastiana*, mire V. lo pálido que se ha puesto aquel caballero. ¿Qué le habrá pasado?

—Se habrá asustado cuando menos; no se parece á mi difunto; ya podían echarle túneles.

—Pero ¿y aquella madamita? Fíjese V. en lo sonrosado que tiene el carrillo derecho, y repare V. en las miraditas que la echa aquel individuo, y saque V. la consecuencia... ¡Jesus qué cosas! No, lo *qu'es* mi difunto... no lo consentía... Ya se ve... con la oscuridad.

—¡Otro túnel! ¡Otro túnel!

—¿Sabe V. que me voy poniendo mala? Yo creí que ya se habían acabado... ¿Faltan muchos todavía?

—¡Ya lo creo! Y mucho más largos que estos... Ya verá V., ya verá V.: mi difunto se reía mucho en los túneles al ver la cara que yo ponía; ahora ya me he acostumbrado.

—Ya se acabó. Pero ¿por qué será el haber tanto túnel?

—¡Toma! Porque como hay tantas montañas, y tan altas, para pasarlas hacen un agujero que entra por un *lao* y sale por otro. Si mi difunto no se hubiera muerto, vería usted cómo le explicaba todo esto; daba gloria de oírle.

—Pero, diga V., *señá Sebastiana*: entonces... pasarán las montañas por cima del tren.

—Pues ya lo creo que pasan; y ríos, y pueblos, y todo.

—¡Ave María Purísima! ¿Y si se nos caen encima?

—No hay *cuidao*; mi difunto aseguraba que no había peligro. Pero ¡calle! El caballero que se pone pálido no hace más que mirarme... Como lo viera mi difunto... Parece todo un señor... ¿por qué se habrá puesto tan pálido?

—¡Toma! Y se nos viene *p' aquí*. ¿Si me querrá decir algo?

—Con permiso de V., señora.

—Usted le tiene... ¿No lo dije, *señá Tomasa*? Parece, caballero, que le impresionan á V. mucho los túneles.

—¡Ca! No, señora; estoy acostumbrado á ellos.

—Lo mismo que mi difunto. Como se ha puesto V. así... tan pálido... ¡Vamos! Será que se mareará V.

—¡Ca! No, señora; no conozco el mareo, ni en la tierra, ni en el mar.

—¡Igualito que mi difunto, que esté en gloria! Pues yo... como le ví á V. así...

—¡No, señora, no! Son efectos de la imaginación.

—¿De la imaginación? ¡Hombre! Pues es chocante; mi difunto...

—Sí, señora, de la imaginación; cuando entramos en el primer túnel me pareció escuchar una voz á mi oído que me decía: «Caballero, al llegar al cuarto túnel tenga usted preparada la bolsa para entregármela, porque de lo contrario le atravieso el corazón.»

—¡Jesus, María y José!... ¿Y V. oyó eso?

—Lo mismo que si lo hubiera oído; al salir á la claridad, miré hácia todos lados, y como no ví á nadie de quien poder sospechar, lo atribuí á mi imaginación y me tranquilicé; viene el segundo túnel, y volví á oír la misma voz: «Caballero, al tercer túnel la bolsa ó la vida.»

—¡Virgen del Carmen! Pero ¿quién podrá ser?

—Nadie, señora; mi imaginación y nada más; no puede ser otra cosa, porque aquí no se ve persona alguna de quien poder sospechar.

—¡Qué cosa tan rara! á mi difunto no le sucedía eso. ¿Y no ha vuelto V. á oír nada?

—Sí, señora; en el último túnel he vuelto á oír: «Prepárese V. la bolsa para el primer túnel ó dispóngase á morir.»

—¡Virgen Santísima!

—Por eso me he venido para aquí, al lado de Vds. que me merecen confianza; porque, aunque yo creo que es la imaginación... también pudiera ser...

—¡Jesus! ¡Jesus! Pero V. me va á comprometer, caballero; grite V., llame V.... ¡Ah! ¡Qué idea! Verá V. que pronto queda arreglado; bien decía mi difunto que hombre, ó mujer, prevenido vale por dos. ¿Ve V.? Yo siempre que voy de viaje llevo un paquete de velas, porque

luégo sucede que se va á una fonda y se encuentra una, como me sucedió en Bayona, con que cobran la vela por parte, y ponen seis reales por cada una, cuando no cuestan más que una peseta la media docena. Pues bien; cuando vaya á venir el túnel encendemos una vela ó aunque sean dos, y nadie se atreverá con V.

—Y á mí que no se me había ocurrido! Cuánto tengo que agradecerla... Pero encienda V., encienda V. que viene el túnel.

—¡Ajaja! Mire V. qué ojos nos echa aquella parejita... Amiguitos ¡paciencia! se acabó la oscuridad...

(Se continuará)

## LOS TRES ÚLTIMOS DIAS

DEL MARQUÉS DE AYAMONTE

Leyenda histórica del siglo XVII

### I

Había amanecido lluvioso, triste y frío el día 10 de diciembre de 1648, y así continuaba muy entrada la tarde. Contemplaba maquinalmente los hilos de agua quebrados en los vidrios poligonales y verdosos de las dos ventanas de su prision, el desgraciado marqués de Ayamonte, que terminaba su frugal comida, encerrado en el Alcázar de Segovia hacia ya cerca de cuatro años. El cielo plomizo pesaba sobre su desolado espíritu como una inmensurable losa. La alta torre que le servía de cárcel, fuertemente batida por el viento, lanzaba de las abiertas claraboyas de su chapitel lúgubres y continuados gemidos, que, debilitados por la distancia y por el espesor del muro en que estaban afianzadas las rejas del cuarto del marqués, resonaban en este como lejanos pero tristísimos lamentos de una alma en pena. La prision, cuya puerta, chapada de hierro, no abandonaba nunca un mal encarado carcelero, se componía de dos piezas, una iluminada por las dos referidas ventanas, y otra, inmediata, sin luz alguna. Ocupaba la primera el marqués, D. Francisco Manuel Silvestre de Guzman, y en ella había hecho colocar su cama y un armario liso de nogal donde guardaba su escasa ropa de paño: el complemento de su ajuar eran un baul de la misma madera y de tosca talla, donde había alguna ropa blanca, un viejo bufetillo cubierto de piel, donde ponía sus papeles, y una banqueta forrada de velludo carmesí, descolorido y roto. Sobre la cama había hecho colgar una Nuestra Señora de las Angustias, de pincel adocenado, imágen á que tenía particular devoción.—El cuarto oscuro inmediato era el dormitorio de su fiel criado, Santiago Ramirez Gamarra, el cual, sometiendo gustoso á todos los rigores de su prision, nunca se separó de su lado desde que en 1641, hallándose de gobernador en la frontera de Portugal, le prendieron en Córdoba como principal motor del crimen de lesa majestad imputado al duque de Medinasidonia, que quiso hacerse aclamar rey de Andalucía. Del alimento de ambos á horas determinadas, y de todos los demás menesteres, cuidaba el mencionado cancerbero.

Era el marqués hombre de hermosa presencia y aventajada estatura, grave, más que por sus años, por efecto de su prolongado cautiverio, que le había matizado la guedeja y la barba de prematuras canas; y contribuía á darle aspecto severo la demacración de su cuerpo, consecuencia forzosa de sus largos padecimientos. Tenía puesta una ancha loba de paño negro burdo, sobre un jubon de gamuza doble profusamente recamado, resto de una antigua opulencia más tradicional que positiva á pesar de su preclara alcurnia: botas de campaña, que se había calzado aquel día sobre unas medias de paño verde, por el gran frío que sentía en las piernas; las manos abrigadas con fuertes guantes de ante noguerado, y un sombrero de castor de ala grande calado hasta las cejas. Despues de comer, se había sentado en su cama con un papel entre las manos, en el cual alguna vez fijaba los ojos como distraído, pues los tenía con preferencia melancólicamente clavados en la turbia vidriera de una de sus ventanas. Su criado Gamarra, que para defenderse de la inclemencia de aquel feo diciembre, más desapacible en Segovia que en ninguna otra tierra de Castilla, se había echado encima de su ropilla y de su ungarina un bohemio apolillado y aforrado en pieles de muchas calvas, regalo de su señor, arreglaba los papeles del bufetillo, y observando la tristeza del marqués, procuraba distraerle, tomando pié de las mismas quejas que exhalaba el noble preso.

### II

—Caduco y sin fuerzas me veo, exclamó este: triste y destemplado invierno tenemos; pero con la sangre de mis venas firmaría yo el pasar toda mi vida los días y las noches recibiendo sobre mis ateridas espaldas la lluvia de agua helada que ahora golpea estas vidrieras, si se me restituyera en cambio, para ir voluntariamente á terminar mi existencia en un yermo, la libertad que desde el aciago mes de marzo de 41 lloro perdida.

—Animo, señor, tras los nublados viene el sol, y pasarán los días de dolor y de amargura, para que goce vuesa merced otra vez los halagos de la fortuna: que esa noble persona no nació para ermitaño.

—Cesará el nublado y volverá á brillar el sol: en esto bien dije; pero que por la mera inconstancia de las cosas humanas mude de semblante mi destino, eso no lo espero... ni aun no lo desee: que ni cedería en honor de la divina Providencia que rige el mundo, el que yo, culpado,

saliera de mi prision absuelto, cuando otros, por delito semejante al mio, acaban de entregar la vida al verdugo.

—¡Desgraciados en verdad, así el noble duque de Híjar, el cual, con las vueltas que ha resistido en el tormento, debe hallarse más muerto que vivo, como D. Carlos de Padilla y D. Pedro de Silva, que el sábado pasado dieron el adios á este miserable mundo de oropel y bambolla en el cadalso de la plaza Mayor de Madrid! Pero paréceme, señor, que aunque reos de un delito mismo, ellos de quererle arrebatar al rey la corona de Aragon, y vuesa merced y el duque de Medinasidonia de querer... mejorar contra su voluntad—¿está bien dicho así?—la suerte de la Andalucía, erigiéndola en reino independiente; si al privado se le antoja, ellos aparecerán justamente castigados, y vuesa merced justamente absuelto. Y si el señor Conde-Duque, que hace cinco años mandaba en España, libró al duque de Medinasidonia por ser pariente suyo, el señor duque de Olivares, que hoy impera tan en absoluto como imperó ayer su tío, el señor D. Luis de Haro, á cuyas venas trasmitió su piadosa y santa madre la generosa sangre de los Guzmanes, no consentirá que la de vuesa merced, Guzman tan legítimo, corra por las negras bayetas de un cadalso. Con que no hay razon para que, salvo, aunque preso, el duque, vuesa merced sucumba; y fuerza es suponer que si la divina Providencia no padece desdoro porque él escape con vida habiendo entregado su cuello al cuchillo de la ley un Silva y un Padilla, tampoco lo padecerá porque se salve vuesa merced, Guzman y Zúñiga, con iguales condiciones.

—Mucho sutilizas para darme consuelos, amado Gamarra, y bien cuadra tu apellido al piadoso oficio que conmigo ejerces, porque refrenas mi ánimo cuando se exalta y parece como que picotea. Pero hoy un aviso secreto del corazon me hace oír su acento pavoroso y me veda entregarme á locas esperanzas. Toma, léeme este papel.

Entregó el marqués á su criado el papel que en las manos tenía, y comenzando por su encabezamiento, iba en él Ramirez Gamarra leyendo así:

—*Pax Christi*, etc. Como V. Rev. ha estado ausente...

—Deja eso, y lee donde hay una señal.

Suprimió el criado la lectura de una hoja entera, y empezó de nuevo donde había una cruz de lápiz rojo:

—Al marqués de Ayamonte condenaron á degollar...

Gamarra, reprimiendo un grito de horror y pálido como un difunto, dejó caer el papel.

—Serénate,—le dijo el marqués con triste sonrisa:—mira la fecha de eso que lees.

—Madrid y febrero 5 de 1647,—prosiguió el criado recogiendo el escrito.

—¿Y quién firma?

—El P. Sebastian Gonzalez.

—Y ¿no recuerdas?...

—Sí; ahora recuerdo que esta carta es copia de una que escribí un buen P. de la Compañía, propósito de la casa profesa de Madrid, y que le fué misteriosamente entregada á vuesa merced por encargo de aquel religioso franciscano, Fr. Nicolás de Velasco, que reside en Lisboa y que cometió la gran torpeza de dejarse engañar por el infame Sancho, el delator de la conspiración que favorecía el rey D. Juan IV de Portugal, ántes el duque de Braganza.

—Ese pobre Fr. Nicolás, arrepentido de aquella imprudencia que tan cara me ha costado, y no sabiendo cómo reparar el daño, vigila siempre solícito por procurarme lenitivos en mi situacion angustiosa. Esta es la hora en que todavía ignoro cómo pudo hacerse con tan precioso documento, que es auténtico sin duda alguna. Este papel es el que mantiene en pié mis escasas esperanzas hasta hoy. Sigue leyendo.

—Al marqués de Ayamonte condenaron...

—¿A qué repites lo que ya has leído?—interrumpió D. Francisco Manuel con viveza.

—Y á confiscacion de bienes, sin lugar á súplica. Despues ha tenido valedores y le han admitido la súplica. Dicen lo pidió el Sr. D. Luis de Haro á S. M., con que se tiene por cierto no será la pena capital, si bien le dejarán preso largo tiempo, ó siempre.

—Largo tiempo ó siempre,—repitió el marqués inclinando la frente con profunda amargura. Y prosiguió el criado:

—En lo de los bienes se ejecutará lo sentenciado, si es que hay sobre qué caiga, que entiendo está muy pobre.

—¡Y tan pobre!

—¡Animo, ánimo, señor! Pues vuesa merced tiene tan segura prenda, porque de los buenos informes de los PP de la Compañía no cabe dudar, dadas las amistosas relaciones que el poderoso duque de Olivares, D. Luis de Haro, mantiene con ellos, no vuelva vuesa merced á contristarse, que á fe que ese mismo valimiento que le obtuvo el derecho de suplicar, que el Consejo le había negado, le ha de sacar á puerto de salvacion, á despecho de todos los malos presagios de su ánimo, hoy tan abatido.

—Te digo que en efecto esa es mi única esperanza. Muerto el Conde-Duque, que visiblemente quiso vengarse del golpe que yo le aseté cuando descubrí al rey de Portugal la trama, si no urdida por él, por él favorecida contra su trono, acaso el de Haro, su sobrino, no ha heredado con su privanza sus rencores. Si contra mí clamara venganza los castigados por aquella abortada conspiracion, la sangre de Villareal y de Caminha degollados en deshonoroso patíbulo, el recuerdo del arzobispo de Braga envenenado en su prision, los despedazados miembros del judío Baeza y de los que con él fueron descuartizados en cumplimiento de la terrible y ejemplar sentencia, y los lamien-

tos de los prelados que aún gimen en las cárceles del vecino reino; no es D. Luis de Haro el interesado en aplacar esos indignados manes, porque no fué á él á quien yo ofendí frustrando el plan satánico que había de poner en conflagracion toda la Lusitania. Tal es mi conviccion; y sin embargo... mi corazon leal hoy me da voces de alarma dentro del pecho, y me hace temer que el pacto con que el de Olivares me brindaba ofreciéndome la vida en cambio de la confesion de mi delito, acabará en sangrienta felonía, perpetrada no por el que la concibió, sino por la indiferencia, el abandono, el desprecio quizá de su sobrino y sucesor.

—Pues quietad esa falsa alarma de vuestro corazon pensando que si la causa del duque de Híjar y de D. Carlos de Padilla, comenzada mucho despues de la vuestra, quedó ya fenecida y ejecutoriada con sangre seis días há, no había motivo para que la del duque de Medinasidonia y su cómplice, en que los reos están desde hace años confesos y convictos, no hubiese concluido ántes con vuestras vidas, á no mediar el poderoso brazo que os sostiene para sacar ileso el limpio escudo de los Guzmanes de la ruina que á ellos y á sus familias amenaza. Guzman era el Conde-Duque, Guzman es el duque de Olivares; Guzman vuesa merced, Guzman el duque de Medinasidonia y su hermana la reina de Portugal... Pues digo, que á no ser por la inquina del difunto privado cuyos planes desconcertásteis, y por su ansia de haceros sufrir la pena del talion cuando él tuvo la fortuna de desbaratar los vuestros, ya toda la ropa sucia se habría lavado en casa, y á vuestro delito se habría dado algun sesgo semejante al del famoso cartel de desafío merced al cual estuvo el de Medinasidonia manteniendo ochenta días el campo en Valencia de Alcántara contra el rey de Portugal, que sabia no había de irle á buscar.

—Gracias por tu celo, buen Gamarra: quiero, para no ser ingrato contigo, entregarme á esas ilusiones que la nobleza de tu alma sabe presentarme con el vestido de una elocuencia que no habias nunca poseído. Quiero creer que mi agorero corazon me engaña. Sí, mi cabeza necesita descanso: voy á conciliar el sueño que huyó de mí ántes de amanecer este triste día tan anegado en lluvia, como si dijéramos tan lloron, meciéndome en los cendales de azul y rosa que casi siento rozar mi frente al evocar las dulces memorias de la juventud.

Esto diciendo, recostóse en el lecho subiendo sobre él los piés. Quitóse el sombrero, y ya reclinada la cabeza en las blandas almohadas, se pasó por la frente y por el cabello la mano derecha, desnuda de guante, blanca y aristocrática aunque descarnada, en cuyo dedo anular brillaba un hermoso zafiro. De allí á poco se durmió.

### III

Descansó muy breve rato, y viéndole Gamarra abrir los ojos, temeroso de que sus pensamientos volvieran á tomar el sesgo de la melancolía, y como si no hubiera habido interrupcion en el buen propósito de distraer el ánimo con imágenes placenteras,

—Yo recordaré á vuesa merced, le dijo, lo que desde hace muchos años no ha vuelto á sonar en el mentidero de la corte. Contábase que un galan y apuesto marqués tenía proyectado su casamiento con la rica marquesa de Villanueva del Fresno, y que este enlace quedó sin efecto por hechizos de la hermosa viuda del conde de Sástago, de aquel buen capitán de la Guardia tedesca...

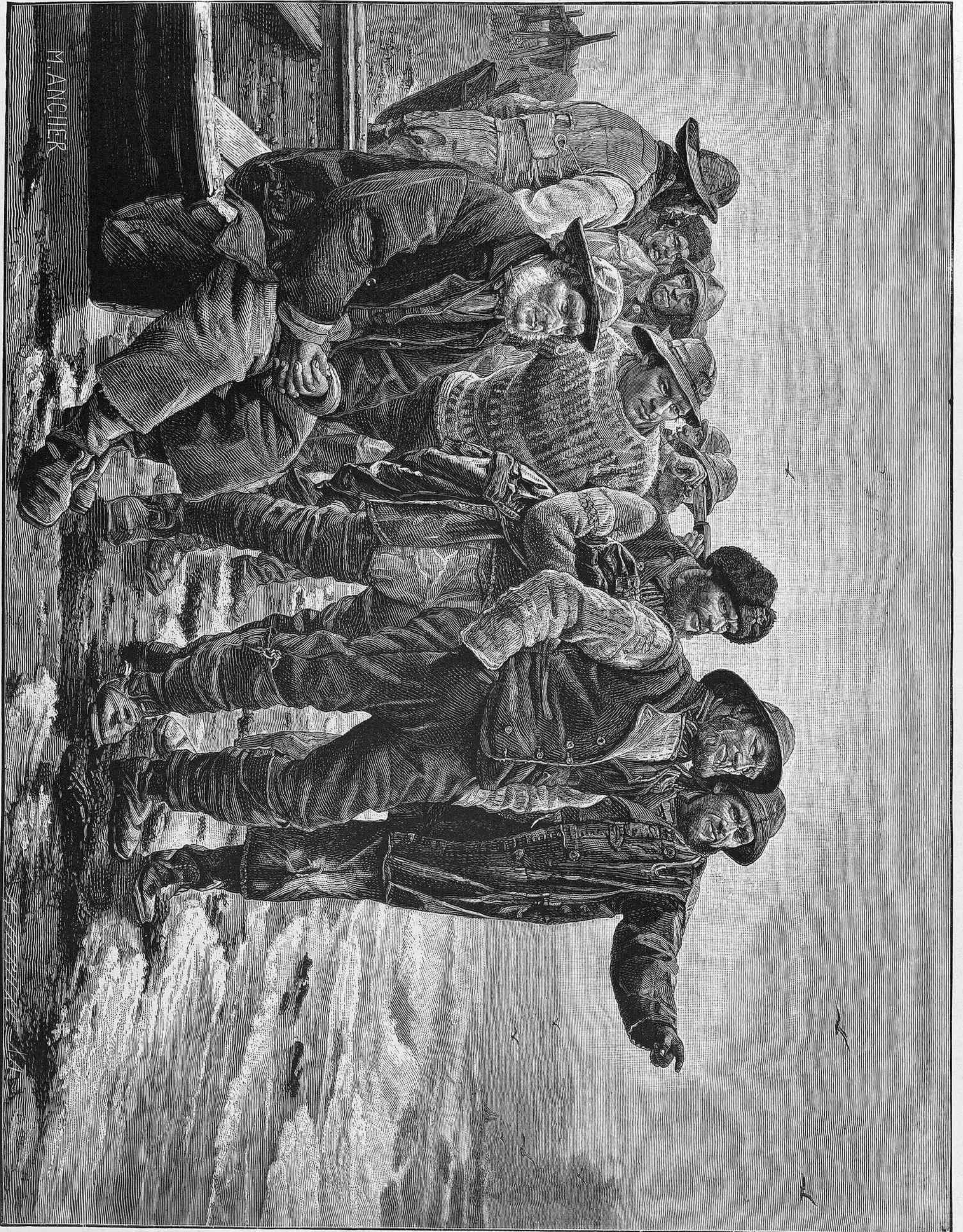
—No adules mi castigada vanidad con recuerdos de pasadas profanidades,—interrumpió como arrepentido, el de Ayamonte.

—Pues no repugnará vuesa merced este otro recuerdo,—repuso Gamarra tomando de encima del bufete un papel...—Esta es la entretenida relacion de las fiestas de toros y cañas con que se estrenó la gran plaza del Buen Retiro en 1634...

—¡Catorce años há! Recuerdos añejos.—Y un largo bostezo sirvió de punto á la observacion de D. Francisco Manuel.

—Cuando tan gallardamente lucieron su destreza las cuatro cuadrillas capitaneadas por S. M. como general, y las otras cuatro contrarias que guiaba el duque de Medina de las Torres. No es inoportuno recordarlo por si se repite el espectáculo cuando entre en Madrid la nueva reina doña Mariana, la linda rosa del Danubio á quien Dios dé larga vida, pues pudiera suceder que así como vuesa merced figuró en una de aquellas cuadrillas...

—¡Calla!—le interrumpió el marqués, como sacudiendo el sueño que empezaba á entornar de nuevo sus párpados, é incorporándose en el lecho,—calla, que yo me figuro que aquel día nacieron en mi pecho los gérmenes de los ciegos impulsos que por fin me llevaron desatentado á conspirar contra la corona de mi rey. Sí, yo formaba en una de las cuadrillas del bando enemigo, en la que regia el conde de Niebla, y en medio de las escaramuzas que tuvimos con las cuadrillas reales, no sé qué gesto ó qué palabra de desden recogí de los labios del monarca, ó qué mirada observé en él partiendo al sesgo de aquel párpado caído, que me inspiró el necio propósito de llevar con la punta de mi bohordo hasta los piés de la dama de mis pensamientos, como elocuente trofeo de mi venganza, la adarga arrancada al brazo real. Ceñí mi caballo al suyo más de lo que consiente el respeto del vasallo; esgrimí el bohordo como lanza; conoció el rey mi intencion, y como hábil justador supo hurtar el cuerpo; pero aquel descomedimiento no me fué jamás perdonado; al cabo de años se me destinó á un gobierno de frontera, y en mi larga



M. ANCHER

¿DOBLARÁ EL CABO? cuadro por M. Ancher



MEDEA, cuadro por N. Sichel

estancia fuera de la corte fué tomando cada día tinte más odioso el enojoso recuerdo. ¡Necio de mí!... No creas que duran ya en mi pecho esos rencores: las adversidades y los años, los años, sobre todo, me han hecho cuerdo... Mira, amigo mío, desde la primera noche en que al acostarte sientas que el codo que sustenta el peso de tu cuerpo se te queda como pegado al colchon, date por notificado de viejo decrépito y metido en capilla. Desde ese momento, que para mí llegó en la dura prision de Santorcás, no debe ya el hombre ocuparse en vanidades y mundanos desvanos, sino sólo en merecer la clemencia del Juez divino, cuyo tribunal se le anuncia cercano...

PEDRO DE MADRAZO

(Se continuará)

## LOS POMPEYANOS EN CÁPARRA

POR DON PUBLIO HURTADO

(Conclusion)

—No puede ser: está dormido.  
—Faltas á la verdad. Un militar no duerme nunca en noches en que ha quedado indecisa la batalla, y se espera un momento oportuno para decidirla.

—Duerma ó no, tengo orden de no dejar pasar á nadie.  
—Si te obstinas en cerrarme el paso, mañana lo sabrá, y los sarmientos de los lictores imprimirán en tu cuerpo cárdenas señales.

Esta amenaza desconcertó al centinela.

—¿Cómo te llamas?

—Naza.

—Espera aquí.

Y el guardia desapareció.

Tornando á poco, dijo á la vettona:

—Sígueme.

Y Naza lo siguió.

A los veinte pasos era introducida en la tienda del general cesariano, quien, vendada la pierna herida, yacía tendido en una especie de canapé que á la vez servía de cama.

Ante él había un pequeño cartíbulo ovalado, con manjares fiambre y un ánfora de vino; todo alumbrado por una lamparita de bronce, en figura de esfinge, á cuyo resplandor pudo apreciarse en detalle el traje y apostura de la hermosa lusitana.

Vestia una túnica de lana, color carmin, con flores blancas estampadas en su fondo, ajustada al talle por un cinturón recamado de oro. El cabello, trenzado y arrollado sobre el coronal, estaba sujeto por la parte anterior de la cabeza, con una media diadema que se ajustaba á la frente y las sienes, más alta en su parte media que en los extremos, cuya parte elevada se encorbaba hácia atrás, y de la cual pendía un velo blanco, que flotaba al aire y le llegaba hasta media pierna.

Vistosos dijes, relumbrantes arrequives, y supersticiosos amuletos, completaban su atavío.

No hablemos de sus hermosos ojos elípticos, espejos de un alma ardiente y soñadora: sus facciones todas eran acabadas. Baste saber, para comprender que no era una belleza vulgar, que había sido en los primeros años de su edad núbil, y elegida por un jurado al efecto, sacerdotisa de Salambona, la diosa de la hermosura y el amor del pueblo ibero, á cuyo culto se dedicaba siempre la jóven más bella del país.

Tal elección aseguraba á las elegidas el porvenir marital, pues siempre casaban con los principales mancebos de la comarca.

Ella dejó de ser sacerdotisa, para ser esposa de Filón.

El día que Trebonio la vió por vez primera, escribió á sus libertinos camaradas de la ciudad del Capitolio: «Hasta que he admirado á la esposa de uno de los hombres más importantes de este territorio, hubiese apostado á que no había en el Universo mujer que compitiese en hermosura con la reina Cleopatra, á quien ví en Alejandría, á raíz de la batalla de Farsalia. Despues de haber visto á la esposa de Filón el caparrense, juro que ha perdido para mí la primacía la hermana, y á la par mujer, de Tolomeo.»

No es extraño, pues, que el hombre que así se producía, dispudiese en el acto la introducción en su tienda de la belleza que tanto había proclamado.

Al verla, se incorporó en su sitio, hasta quedar en él sentado.

—¡Naza!... ¡Tú buscándome!

—La necesidad, señor, á ello me obliga.

—¡Ah! hé aquí otra de las ventajas que me proporciona el cautiverio de tu marido. A no ser por él, mis ojos no hubiesen alcanzado la dicha de verte.

—¿De mi marido?...—repitió ella fingiendo extrañeza.

—¿Pues lo has hecho prisionero?

—¡Oh! sí. ¿Lo ignorabas?

—Por completo. No he vuelto á saber de él desde que apuntó la aurora.

—Entonces... ¿qué quieres de mí?

—Quiero...

Y no se atrevió á proseguir.

¡Era tan grande el sacrificio que consumaba!

—Depon todo temor: nadie nos oye,—le dijo animándola el patricio, mientras sus pupilas se engolfaban torpemente en las incitantes formas de su agraciada interlocutora.

—Pues quisiera... que escuchases mis cuitas; que como caballero contestases á una pregunta que voy á hacerte; y como supremo magistrado en esta provincia, me dispensases la protección que la ley otorga á los desvalidos.

—¿Tú desvalida?

—¡Te extraña!

—Mucho. Pero siéntate, Naza, y honra mi mesa. Nunca me fué dado esperar una ventura como la que en este momento me deparas.

Y le hizo lugar en el escaño en que él yacía.

Su interesante huésped lo rehusó, prefiriendo una banqueta de madera en forma de trípode, que colocó en frente de Aulo, y al otro lado de la mesa.

—¿Tan lejos de mí?—le interrogó este en són de cariñosa reconvencción.

—Sí. ¿Qué merecimientos has contraído aún para conmigo, que te den derecho á tenerme al lado tuyo?

—Cierto, mi hermosa comensal; mas esperárame de que no siempre te mantendrás á tan esquivada distancia.

Y al hacer este intencionado ruego, el genio de la liviandad culebreaba en sus pupilas.

—De tí depende,—contestóle Naza ruborosa, sin atreverse á alzar los ojos temiendo encontrar los de Trebonio, avergonzada de la esperanza que le había concedido.

Aulo, escanciando el vino del ánfora en una copa de ónice contorneada de oro, repuso:

—Pues si en mí consiste, bebamos y celebremos nuestra futura é íntima inteligencia; y para que este néctar sea más dulce á mis labios, apuren los tuyos, hermosa hispana, la mitad de esta copa, perteneciente un día á los tesoros de Mitrídates.

Naza, más encendida que el licor que su compañero le presentaba, humedeció sus frescos labios en el confortable líquido, que con erótico entusiasmo trasegó al punto á su estómago Trebonio.

—Cuéntame ahora esas penas que te abruman.

La esposa de Filón le recordó su tenaz persecución; los celos que había hecho nacer en el pecho de su marido, al aperebirse de ella; las privaciones que había sufrido con tal motivo; la muerte á que, juzgándola adúltera, había sido condenada; y de tal modo exageró su situación, y era tan persuasivo su acento, que el romano, que no perdía sílaba de cuantas aquellos labios, trémulos y provocativos, pronunciaban, dando un puñetazo sobre el cartíbulo, concluyó:

—Yo castigaré, como merece, tan injusta opresión. Tu marido no volverá á ser libre en toda su vida. En cambio tú vendrás conmigo á Roma, repudiaré á mi esposa Léntula, y ascenderás á mi tálamo en su puesto.

Naza sentía hervir en su casto seno un afecto de repulsió invencible hácia el hombre que tan cínicamente se producía; mas con un dominio grande sobre sí misma, ocultó aquellas rebeliones de su espíritu, y acogió sonriente los proyectos de Trebonio, á quien no cesaba de incitar á la bebida.

Hasta seis ánforas de Falerno había hecho apurar al romano, que iba sintiendo ya sus enibrantes resultados.

Efecto de ellos, su mano audaz se había alargado más de una vez para alcanzar aquel sér privilegiado, que tanto había encendido sus apetitos carnales.

—Aún es pronto,—le advertía Naza, apartándolo de sí.

—Tienes que conquistarte mi cariño.

Eran las doce de la noche y Trebonio no podía ya con la cabeza.

Sus palabras eran cortadas y balbucientes.

Al contemplarlo en tal estado, la vettona cesó en su conversacion, sostenida á fuerza de invenciones suyas, más ó menos interesantes, las que por el solo hecho de ser por ella referidas, rebotaban poesía y magnético aliciente.

Luégo cruzó las manos sobre la falda y observó de hito en hito al general, hasta convencerse de que Baco con sus caricias, lo había reducido al estado más completo de inconsciencia é inacción.

## XIII

A la media hora, el plegado lienzo de la tienda se entreabria para dar paso á la interesante hija de Atrebató. Acercándose al guardia, que era el mismo que la había guiado á ella, le dijo:

—¿Puedes conducirme á la prision del jefe de los enemigos, cautivado esta tarde en la refriega?

El soldado, que había adivinado íntima inteligencia entre la aparecida y su general, respondió respetuosamente:

—Puedo, sí; pero si en tanto llamase...

—No llamaré... y aunque eso sucediese, sabiendo que era yo quien te ocupaba, hasta te premiaria.

—Siendo así, ven.

Y el vigía delante y Naza detrás se pusieron en marcha.

Esta, en una punta del velo, conducía envuelto cuidadosamente un objeto de no mucha magnitud.

Mientras el custodio iba pensando piadosamente:

—Esta será alguna de las muchas amigas que por doquiera encuentra mi general. ¡Es un amante aprovechado!

Cuatro números cuidaban de la tienda en que yacía maniatado Filón, sita á unos treinta pasos de la de Trebonio.

—Deteneos,—dijo uno á los recién llegados.

—Despues que hayamos conversado con el cautivo,—advirtió Naza.

—¿Qué locura! Está incomunicado, y no puede hablarsele.

—Pero podrá ponersele en libertad.

—Tú deliras, buena moza,—le respondió el militar con tono zumbón.—¿Quién pudo imaginar tal desatino?

—El Legado

—¡Imposible!

—En prueba de ello, aquí tienes su anillo.

El centinela lo examinó á la luz de una tea que mandó aproximar.

—Es el suyo... pero...

—¿Qué?... ¿No es bastante garantía de mi palabra la posesión de esta joya?

—Pudiera habersele perdido, y tú ú otro cualquiera, interesado en su libertad, habérselo encontrado.

—Acabo de separarme de él en este instante.

—¿Y quién me asegura que eso mismo es verdad?

—Yo,—repuso entónces el guardia que la acompañaba.—Yo que de orden del general la he introducido en su tienda y les he servido la cena.

—De ese modo, cúmplase su mandato; pero por lo que pueda ocurrir...

—¿Qué quieres que ocurra?—interrogó con impaciencia Naza.

—Me quedo con esta prenda.

—Sea; mas abrevia.

Entró en la tienda el soldado, y á poco salió acompañado de Filón.

—Ahora tú, acompáñanos hasta rebasar las posiciones de vanguardia,—dijo á su acompañante.

Y el romano los condujo obediente hasta que estuvieron al abrigo de los suyos.

—Pero, Naza, ¿qué significa?...—preguntó Filón que resoplaba como un toro, extrañando su imprevista libertad.

—Chist, calla y no malogres mi empresa. En breve lo sabrás.

## XIV

Muy luégo dieron en la estancia campal de Pompeyo que con oído exquisito prestaba atención al rumor más insignificante que hasta él llegaba, como el más acucioso vigía.

Al ver á los dos cónyuges, no pudo ménos de exclamar, satisfactoriamente sorprendido:

—¡Filón! ¿tú libre?

—Libre,—se apresuró á contestar Naza.—Libre él, tú vencedor, y yo... yo inocente, si mi inocencia puede estar ya fuera del alcance de la duda.

Y las lágrimas afluyeron á sus ojos.

—¿Qué dices, Naza!—le preguntó su marido.

—Sí, sí; ¿qué significan tus palabras?—repitió Pompeyo.

—Mirad,—contestó la honrada matrona con un acento que revelaba al par que fruición, altivez y fiereza.

Y presurosa desenvolvió la extremidad del velo que cuidadosamente llevaba liado en la izquierda mano, y mostró su contenido á sus interlocutores.

—¡Un corazón humano!—exclamaron ambos sorprendidos.

—El de Aulo Trebonio,—advirtió Naza, presa de cierta excitación nerviosa.—El corazón cuyos impuros deseos, al despertar en tu alma el genio de los celos—(y se dirigía á su esposo)—labraron mi desventura. Sospechoso de mi fidelidad, me juzgaste cómplice de sus flaquezas, y atormentaste mis días con desprecios afrentosos y glacial indiferencia; hasta hacerme comprender, en mi mortal pesadumbre, que únicamente de este modo podía demostrarte, que el hombre de quien me reputabas amante, no me ha inspirado nunca más que odio... ¡odio que he saciado de esta suerte!

—¡Perdona, Naza mía!—repuso el hispano ante aquella prueba de fidelidad.

Y ebrio de contento hizo ademán de estrecharla entre sus brazos.

Más cuando ya tocaban el objeto de su constante adoración; cuando flexibles como juncias se doblaban en torno del ebúrneo cuello de su compañera, un resto de duda, torcedora de su alegría, levantándose en su imaginación exaltada, sombría y punzadora, originó una sacudida en todo su sér, y lo hizo retroceder dos pasos.

Tanto la jóven como el romano extrañaron tan brusca mudanza.

Ella, comprendiendo con dolor el móvil de la repulsa, le dijo, en tono de cariñosa reconvencción:

—¡Ingrato! ¿dudas aún?

—Dudo,—contestó Filón con sequedad.

—¡Ah!—observó Pompeyo.—eres injusto con la mujer que te deparó la Providencia.

—¡Desgraciada!—lloró Naza.—¿Qué podré yo hacer sobre la tierra que baste á despejar su espíritu poblado de fantasmas?

—Naza: yo aprecio en lo que vale tu sacrificio. La patria te quedará agradecida á perpetuidad. Mas yo deseo saber si la muerte de Trebonio es una satisfacción sincera dada al ofendido esposo, ó si implica en tí otro sacrificio mayor, inmolando al amante en aras de la paz de tu casa.

Esta suspicacia, no imaginada por la inocente esposa, llevó á su alma un desconuelo extremo.

—Pues bien,—dijo ella en el colmo de la desesperación.—Si estas pruebas humanas no te convencen; si mis protestas, mis lágrimas, mis sufrimientos nada significan para tí... ¡Filón! yo te emplazo para ante la autoridad divina. Mañana, obtenido el triunfo sobre el enemigo, partiremos en peregrinación á Eburá, y allí, ofreciendo este corazón en el altar de Salambona, que el augur lea el pasado en esta entraña aborrecida.



PESCADORES ITALIANOS, dibujo á la pluma por B. Galofre

XV

Bien de mañana Pompeyo mandó atacar el ala izquierda del enemigo á todo el grueso de su ejército.

Los contrarios sostuvieron el primer choque con decision; mas pronto hubieron de empezar á ceder á la superioridad numérica.

Gneo, impaciente por dar felice fin á la jornada, envió allá á los triarios, que no tardaron en acentuar en pro del hijo del vencedor del Asia, los preludios de la victoria.

Los tribunos, los prefectos de las cohortes, los centuriones, todos los jefes contrarios se preguntaban el por qué de no acudir el Legado á reforzar aquella parte de la línea y á infundir aliento á los soldados; tanto más, cuanto que el centro y ala derecha apénas eran molestados, y tenían fuerzas más que suficientes para rechazar cualquier ataque de las tropas que enfrente tenían.

Uno de los oficiales se decidió á penetrar en la tienda de aquel á noticiarle el estado de la accion; mas cuando salió y dió la triste nueva del asesinato del general, la más completa desorganizacion y el pánico más horrible cundieron por las filas cesarianas.

En vano el tribuno más antiguo de las dos legiones militantes, tomó el mando del ejército; en vano, dando ejemplo á sus subordinados, trató de infundirles valor y confianza. Esa voz pavorosa, que aunque no pronunciada, resuena siempre en los oidos del vencido, de *sálvese el que pueda*, hizo volver á los legionarios de Trebonio las espaldas á sus adversarios, contribuyendo á dar mayores proporciones al desastre iniciado.

Destrozadas de este modo las haces de el enemigo, Pompeyo, á quien sus tropas habian aclamado *imperator*, entró en són de triunfo en la ciudad de Cáparra, compartiendo las populares aclamaciones con Naza, cuya heroidad habia ya trascendido á la muchedumbre.

Filon, aunque receloso aún de la fe conyugal de su esposa, no dejó de congratularse del triunfo alcanzado.

¿Y Servilio?...

Servilio así que supo que el enemigo iba de capa caída, salió de casa de Vocusia, y tomando lenguas de los soldados, dió un pequeño rodeo y con toda la presteza que su oronda individualidad le permitia, fué á dar en lo que hoy llamaríamos depósito de provisiones, en donde, revolviendo fardos y cajas, lanzó un grito de alegría indescriptible.

En un rincon de la tienda-almacen, habia encontrado una barrica de ostras del lago Lucrino y una pequeña botarga de Falerno.

XVI

Aquella misma tarde Filon y Naza partieron en peregrinacion hácia Ebury, en donde el augur, despues de la solemne conspicion del corazon de Trebonio, dispó la duda que flotaba en el espíritu del duumviro.

Naza delirante de alegría cubrió de besos la fimbria de su sayo talar, y cercenando de raíz, con unas tijeras, sus brillante y abundosa cabellera, la colgó reconocida en el altar de la diosa del amor.

Los dos esposos volvieron á disfrutar la felicidad á que eran acreedores.

En cuanto á Pompeyo.... el triunfo de Cáparra aceleró el desenlace de la cruenta enemiga que tenia con Julio César.

Este, viendo el incremento que la guerra civil iba tomando en la península, volvió á ésta, y dió fin del partido de los hijos de su colega de triumvirato.

La batalla de Munda fué el golpe de gracia dado á la causa de los pompeyanos.

En ella perdió Servilio la Prefectura del Erario. Pero ¡vamos! no murió de pesadumbre, toda vez que, á los pocos meses, su nombre figuraba en la lista de convidados al banquete con que el disoluto Marco Antonio celebró su torpe triunfo en los juegos Lupercales.

Más consecuente Filon, formó un pequeño ejército y levantó bandera en España, á los tres meses, por los hijos de Pompeyo, llegando á apoderarse de la ciudad de

Sevilla; pero sorprendido por César, fué derrotado y pagó con la vida, en una cruz, su temeraria fidelidad.

Así se cumplió la prediccion de Olba. Un romano le hizo sufrir la mayor de las ignominias.

PUBLIO HURTADO

Cáceres

EL FERROCARRIL ELÉCTRICO DE FRANCFORT Á OFFENBACH

Entre los innumerables progresos y aplicaciones de la electricidad descuellan dos muy trascendentales para la vida moderna, el alumbrado y la trasmision á distancia de una fuerza motriz, cualquiera que sea su origen, el agua, el viento, el vapor, el gas ó la accion química. Esta última fuerza es la más moderna que el hombre ha utilizado, por cuanto no ha empezado á conocerla sino de medio siglo á esta parte, fuerza que estudia hace treinta años y de la que vá enseñoreándose y aprovechándose en nuestros días. La fuerza en cuestion es la accion química que se desarrolla en una batería galvánica, formando una corriente eléctrica que por la atraccion y repulsion alternativa que suscita en un iman artificial, imprime á un mecanismo un movimiento giratorio. Muchos aparatos motores, basados en estos principios, se discurrieron; pero ninguno verdaderamente práctico y por consiguiente tampoco de aplicacion inmediata y provechosa, ya por su excesivo coste, ya por lo difícil de su manejo y falta de regularidad.

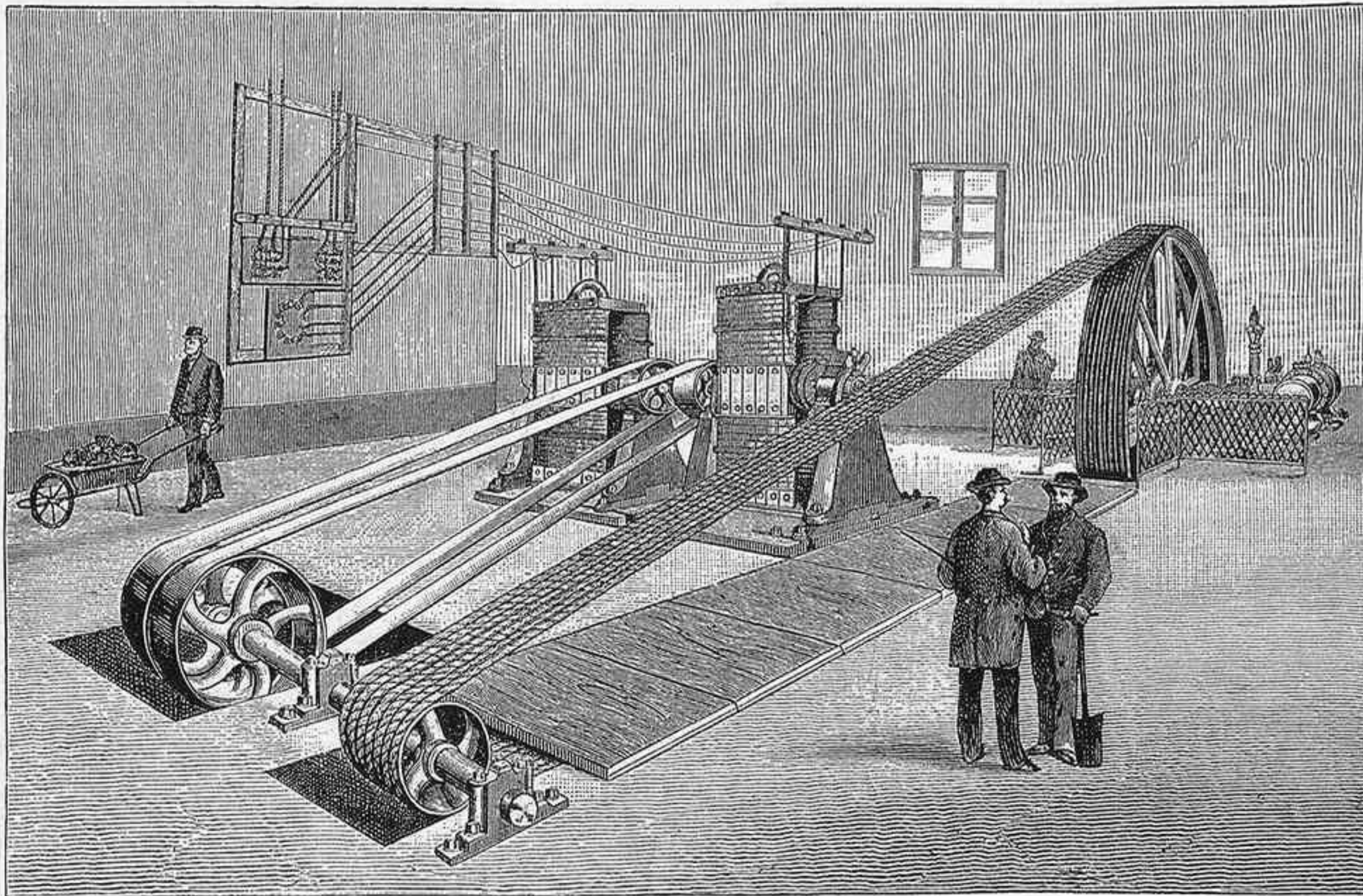
Tres fueron los grandes genios que casi simultáneamente han dado á esta cuestion un aspecto nuevo con la invencion y rápido perfeccionamiento de la máquina electro-dinámica; Paccinotti en Italia, Gramme en Francia y Siemens en Alemania. Las máquinas de estos inventores producen fuerza motriz, no ya por accion química, sino por movimiento, y esta fuerza se trasmite á beneplácito á largas distancias merced á la corriente eléctrica, por medio de alambres sencillos ó de cables de alambre segun el caso.

Era muy natural que desde luego se pensara en aplicar á la locomoción la fuerza eléctrica producida por el movimiento de cualquiera otra fuerza motriz, y esto ha motivado en la actualidad la invención de los ferro-carriles eléctricos.

Un motor, que por lo general es una máquina de vapor, pone en rotación otra dinamo-eléctrica fija, desde la cual pasa la corriente engendrada á otra máquina de esta misma clase colocada debajo del vagón ó coche que se quiere mover y cuya distancia á la máquina fija es por lo mismo variable. Tres modos hay de transmitir la corriente eléctrica desde la máquina fija á la adaptada al coche cuyas ruedas ha de poner en movimiento. El primero consiste en hacer servir los mismos carriles de conductores, pasando la corriente desde ellos á las ruedas del coche y de estas á la máquina dinámica del mismo, la cual hace en seguida girar las ruedas. En este caso no ha de haber solución de continuidad en la vía férrea, ni sus barras, por lo tanto, han de tener la pequeña separación entre sí que la previsión aconseja para dejar espacio á la dilatación del metal producida en verano por la elevación de la temperatura, dilatación que, si se tocaran las barras, podría levantarlas por sus respectivos extremos ó desviarlas lateralmente, ocasionando siniestros de los que ha habido más de un ejemplo.

Se concilian ambos extremos, esto es, la necesidad de dejar espacio á la dilatación, y la continuidad de la línea, uniendo las puntas de cada dos barras contiguas con placas de cobre sólidamente remachadas á los dos extremos que han de unir.

El segundo modo de dar paso á la corriente eléctrica desde la estación donde está la máquina fija, al coche movable, consiste en colgar un cable de alambre en postes plantados á lo largo de la vía, y que comunica con el coche por medio de una polea que recorre dicho cable y va unida al vehículo y á su máquina dinámica por medio de una barra que la sostiene.



EL GENERADOR ELÉCTRICO DEL FERRO-CARRIL DE FRANCFORT Á OFFENBACH

El tercer modo de comunicación consiste en un tubo suspendido también á cierta altura, y que en su parte inferior tiene una ranura en toda su longitud. En el interior de este tubo continuo se mueve un pequeño émbolo unido al coche y á su máquina dinámica por medio de una barra de hierro, sirviendo para este fin la ranura del tubo; de modo que en este tercer sistema el émbolo y el tubo vienen á reemplazar al cable y la polea del segundo.

La primera manera de dar paso á la corriente por las barras de la vía tiene el grave inconveniente de transmitir la fuerza eléctrica á las personas y animales que toquen la vía conductora, contacto que causaría desgracias sin cuento, sobre todo en el interior de las poblaciones, de suerte que en ellas habría que transmitir la corriente de las barras á un cable ó á una tubería colocados fuera del alcance de personas y animales.

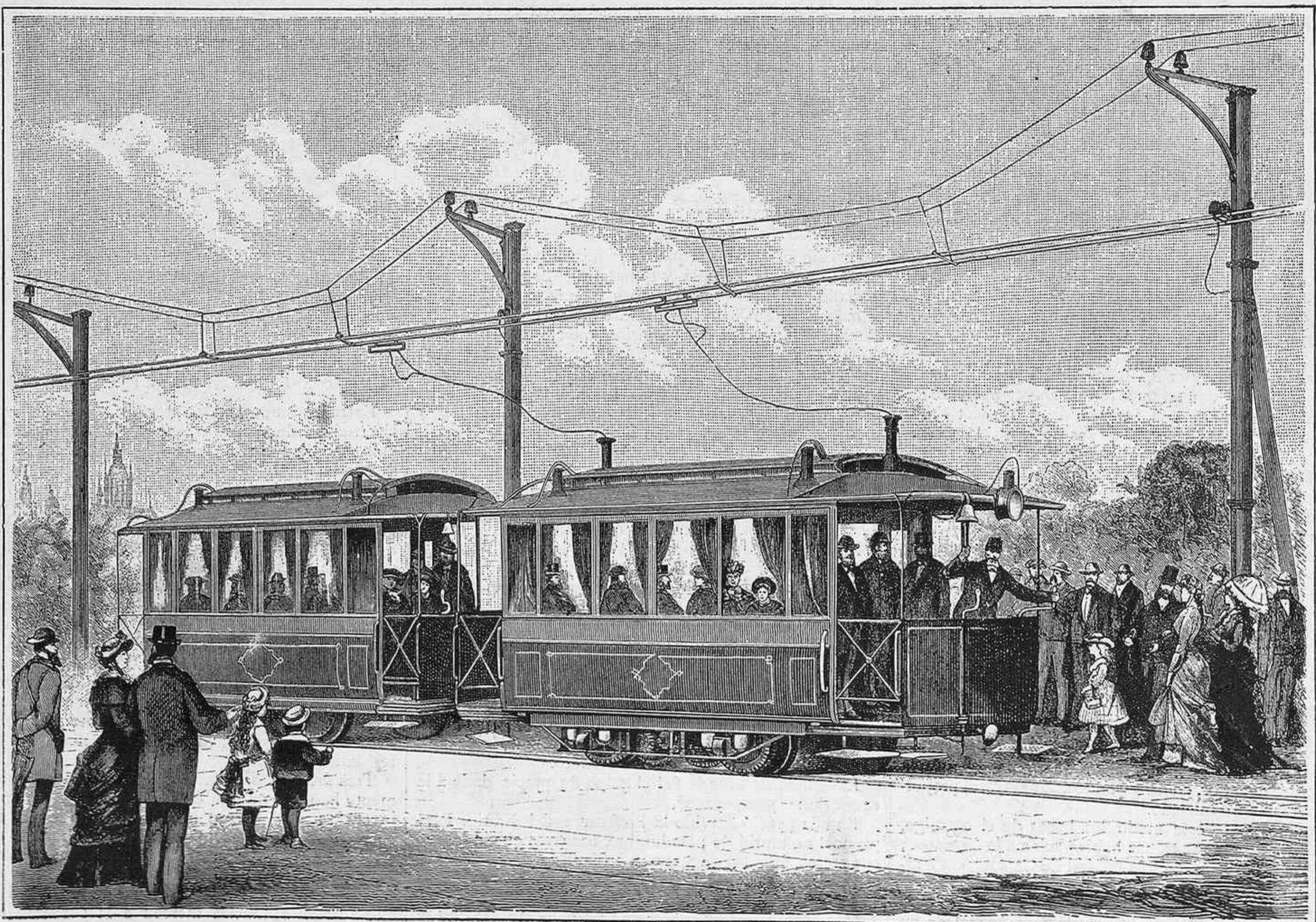
La segunda manera háse abandonado también porque ya por la lluvia, ya por el rocío, ya finalmente por la nieve y la escarcha en invierno, se intercepta ó dificulta

de repuesto para cuando lo exija el aumento de tráfico; la corriente pasa desde ellas por medio de fuertes alambres á los alambres secundarios necesarios para transmitirla á las máquinas electro-dinámicas de los vagones locomotores.

La idea, proyecto y ejecución de las obras se deben á Alejandro Weimann de Offenbach, que arbitró también el capital por acciones para llevar á cabo la empresa y se cuidó de obtener para la misma la concesión oficial. El material, las máquinas y aparatos son de la casa Siemens y Halske de Berlín que también se cuidó del montaje.

Durante la primera semana de explotación hubo muchas interrupciones en el servicio, porque era menester instruir el personal hasta lograr que este adquiriera la práctica indispensable; pero después, gracias á la dirección inteligente del ingeniero Philippsborn, marcha la línea con regularidad perfecta y á satisfacción completa del público y de la compañía concesionaria.

M. A.



El ferro-carril eléctrico de Francfort á Offenbach

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON